

LA JOYA DEL CSIC

Me ha salido un título ambiguo. Lo sé. Tanto puede querer evocar tal o cual joya del CSIC (¿la Reserva Biológica de Doñana?, ¿el Real Jardín Botánico?, ¿las bibliotecas del Palacio de Medinaceli?), como puede querer decir que el CSIC mismo es una joya en el panorama científico de España. Pero no lo sustituyo. Diré el porqué.

Cuando llegué en 1996 a servir la Presidencia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas no era yo alguien ajeno a la Institución. Tengo lazos familiares con personas que forman parte de la historia del CSIC. Del Consejo se había oído hablar siempre en casa.

Además, mis estudios en el Instituto «Ramiro de Maeztu» hicieron que transcurriera mi infancia y primera juventud en el territorio del campus donde se asentaban desde antaño el Instituto Escuela, la Residencia de Estudiantes, el edificio Rockefeller (ya con los nombres actuales en el recuerdo de niñez) y, luego, la Sede de la Presidencia del CSIC.

Por último, en 1975 obtuve una plaza de Colaborador Científico (hoy, Científico Titular) en el Centro Mixto CSIC/Universidad de Salamanca donde trabajaba mi maestro D. Julio Rodríguez Villanueva y, aunque he estado fuera, primero en Estados Unidos para hacer una estancia con D. Severo Ochoa y, luego en la Universidad Complutense, nunca dejé de mantener contacto con los colegas y amigos del Consejo. Por lo demás, nadie que se preocupe hoy día por la ciencia en España puede estar totalmente al margen del CSIC.

Por todo esto, pensaba yo tener un conocimiento abarcador del Organismo, pero me equivoqué. Ha sido una especie de progresivo deslumbramiento lo que me ha ido produciendo el recorrer con detenimiento los senderos de la Institución. Es difícil desde fuera calibrar la riqueza de recursos que el CSIC atesora al servicio de la ciencia española.

Hay recursos singulares como la Reserva Biológica de Doñana, el Real Jardín Botánico, el Museo de Ciencias Naturales, la Red de vi-

gilancia sísmica y volcanológica de canarias, el Observatorio de grandes telescopios de Sierra Nevada o la Red de Bibliotecas, una de las mayores de España.

Cuenta el CSIC con fincas experimentales, invernaderos, embarcaciones, redes informáticas e ingentes bases de datos.

Aborda también la investigación y la divulgación de la cultura con lugares que son referencias, como la casa morisca que alberga el Instituto de Estudios Arabes de Granada, el Palacio del Hielo que convirtió Menéndez Pidal en 1928 en el Centro de Estudios Históricos (hoy, Centro de Humanidades) o la Residencia de Estudiantes, de nuevo ahora de moda por su continuo revival.

Y más y más y más.

Todas estas cosas son auténticas joyas, pero ni cada una aisladamente ni todas en su conjunto son comparables a la riqueza que supone el trabajo de cerca de nueve mil personas que en 114 Institutos esparcidos a lo largo y a lo ancho de España laboran día a día en aquellas líneas científicas que tienen más interés general o que interesan más particularmente en España.

Desde la perspectiva de nuestra ciencia y según lo siento yo, he ahí la joya de las joyas: una institución nacional, diseminada por todo el país, que abarca la totalidad del espectro científico en el trabajo de cada día, con objeto o acento distinto en cada punto, pero que está presta a volcarse en el asunto o en el lugar donde surja la necesidad concreta. La pasada crisis del vertido tóxico de Aznalcóllar, por ejemplo, lo ha hecho ver con meridiana claridad.

Amigo lector, este número de ARBOR supone una descripción cabal del estado presente y de algunas perspectivas de futuro de la joya del CSIC.

César Nombela Cano